

EL CARÁCTER NUCLEAR

V. ALCOBER

Se tratan de comentar las dos actividades musicales desarrolladas en la 25 Reunión Anual de la SNE que tuvo lugar en Granada del 17 al 19 de noviembre de 1999. Primero la conferencia ilustrada sobre "La presencia de Granada en el arte Flamenco" y a continuación la actuación de la orquesta "Camerata Nucleare". Para darle un poco de vida al artículo, se ha elegido como autor de tales comentarios a un periodista completamente ajeno al mundo de la Energía Nuclear.

This is a commentary of the two musical activities developed in the 25th Annual Meeting of the SNE, held in Granada in November 17-19, 1999. First, the illustrated conference "La presencia de Granada en el arte Flamenco" and after the concert given by the "Camerata Nucleare" orchestra. The comments are put in the pen of a journalist without prejudices on Nuclear Energy to provide a bit of life to the article.

PRESENTACIÓN

Mi amigo Horacio tiene la sana costumbre de felicitarme todos los años por Navidad. Me manda siempre unas tarjetas especialmente decoradas y aprovecha el momento para ponerme al corriente de sus actividades. Este año tampoco podía faltar su felicitación, sólo que el sobre abultaba más de lo normal. Efectivamente, además de su preciosa tarjeta con dibujos naïfs muy coloristas, aparecían una serie de hojas de cuaderno manuscritas, arrancadas recientemente. Me comentaba en su felicitación que tuvo ocasión de coincidir en un viaje reciente de Bogotá a Santa Marta con un periodista español acabado de llegar a Colombia. Como nativo y buen conocedor de su país que era, mi amigo pudo responder a muchas cuestiones que le hizo el periodista. También se puso de manifiesto a lo largo de la conversación que Horacio procedía del campo nuclear. A la llegada a Santa Marta, y en prueba de agradecimiento, el periodista arrancó de su cuaderno de trabajo un puñado de hojas que hizo entrega a Horacio. Se trataba de un tema nuclear y, como tal, pensó Horacio que podría interesarme a mí. En vista de ello me lo incluyó como obsequio navideño. Yo lo consideré muy curioso y, en consecuencia, lo envié para publicar. Aquí figura tal como lo he recibido sin alterar ni una sola coma.

Siempre me he considerado un profesional cumplidor, veraz e inquieto. Sin problemas con mis jefes a los que, por fortuna, he sabido seguir la corriente. Mis reportajes de las guerras africanas y el seguimiento de los refugiados de un lugar para otro me habían curtido al aire libre. Mis recorridos por los Balcanes me habían estimulado los sentidos viendo cómo aparecía un mosaico de países donde antes sólo existía uno o cómo surgían el odio y los extremismos donde antes se practicaba la armonía entre diferentes sociedades. Mi objetivo más frecuentado, con todo, era el Oriente Medio, siempre en ebullición. Mi vida activa ha transcurrido entre campamentos de guerrilleros, ciudades asaltadas, columnas de indigentes huyendo en todas direcciones, atentados, derrocamientos y acciones terroristas. Después de consumir mis mejores años y de salir a flote de tanta refriega, aquello empezaba a resultarme monótono. El recuerdo de la guerra de Irak con todo lo que tuve que sudar allí y las nubes de polvo que tragué hasta dejarme agrietada la garganta para una temporada, me llegó a parecer aburrido. Las guerras, las revoluciones, los dictadores, las catástrofes o el terrorismo internacional no acababan de llenarme. Hasta los mosquitos, cómplices infatigables e inspiradores de mis primeros reportajes, aparecían cada vez menos punzantes. Mis compañeros corresponsales de otros medios de comunicación ya no colaboraban como antes, eran unas simples máquinas individualistas de la noticia, como yo. Tenía dos alternativas: o me arriesgaba a encontrar emociones más fuertes y diferentes que me pudieran animar para seguir adelante o debía abandonar la profesión. Cualquiera de las dos soluciones debía pasar por un período de reflexión y el retorno a mi país. A lo mejor necesitaba un descanso, un cambio de aires. No lo pensé dos veces, cogí el petate y emprendí el

viaje. Tampoco hizo falta llegar a mi destino para reconocer que resultaría absurdo cambiar de profesión a estas alturas: lo mío continuaría siendo la noticia impactante "in saecula saeculorum". Y, desde luego, dudaba de encontrar algo verdaderamente interesante a mi vuelta a España, vamos donde nací y me eduqué. Mis actividades y movimientos habían estado a punto de borrarle de la cabeza hasta cuál era mi país de origen: mi nacionalidad se me desdibujaba por momentos en ese cruzar y descruzar fronteras de cada día. Volviendo al asunto, creo que después de cortar por lo sano y de cambiar de perspectivas, tendría que buscarme, eso sí, temas de extrema dureza. ¿Cómo iba a permanecer de brazos cruzados en un mundo que se ofrece repleto de catástrofes?

Pero debo hacer un alto en el curso de mi relato para confesar mi debilidad, mi única concesión a la civilización occidental, mi pecado de juventud. Antes de emprender mi vida profesional y aventurera yo había sido estudiante de Periodismo. Todos mis estudios, generalmente nocturnos, se desarrollaron acompañado de un pequeño transistor sintonizado invariablemente en la emisora clásica de Radio Nacional de España. Estaba convencido de que el único lenguaje verdaderamente universal era la música, incluso para un periodista en ciernes ansioso de emociones, como yo. La Música podría ser una excelente compañera de viaje, sin limitaciones geográficas ni lingüísticas. Cuando mis oídos partieron a recorrer el mundo y a escuchar las verdades en toda su crudeza, poseía un cierto fundamento musical. El contrapunto era perfecto para emprender mi alborotado trabajo. Sin embargo mis pronósticos fracasaron. La Música se practica en los países desarrollados, pero no en los que me sirvieron de banco de trabajo durante mi vida profesional, y mucho menos en

las circunstancias en que yo me movía. La Música se había borrado completamente para mí, pero al menos me había educado el oído para el futuro. En adelante lo verdaderamente importante para subsistir era conservar los tímpanos (y los ojos) bien abiertos, pero no para escuchar melodías, precisamente.

PRIMERAS PESQUISAS

A mi vuelta a España me tuve que poner a pensar, ¿no existirán rincones oscuros en la sociedad civilizada capaces de ser explorados por un veterano en estas lides? Estoy convencido de que la "sociedad" es un embrollo y oculta aspectos que nadie ha intentado sacar a la luz. Que requiere para ello de los servicios y de la experiencia de un profesional sin ningún tipo de complejos ni prejuicios. El hombre actual sediento siempre de novedades, amante de la originalidad y buscador de exotismos es mi mayor garantía de éxito. Me dediqué, pues, a buscar. Aproveché mis experiencias en situaciones difíciles. Pasé revista al catálogo de posibilidades: intereses dudosos, fuerzas ocultas, actuaciones en la sombra, poderío yanqui, menosprecio de la salud, catástrofes potenciales, daños al medio ambiente, tecnocracia... cualquiera de ellas de gran interés periodístico. Sin embargo, al combinarlas me encontraba hablando, sin duda, de eso que se entiende por ahí como la Energía Nuclear. La verdad es que, salvo ese ideario breve que circula por la calle y que acabo casualmente de resumir, poco más sé de esta cuestión. Es más, las pocas referencias que me han llegado estando en el tercer mundo, donde el tema apenas se conoce, todas coinciden en términos generales. Entiendo que son algo normalmente asumido por la población de los países desarrollados, como el horóscopo. Así me lo han dado a conocer mis colegas y, por ende, mis patrocinadores en todas las publicaciones (noticias, crónicas, o, simplemente, comentarios) consultadas. Poseen, por descontado, la autoridad que les proporciona el vivir en un primer mundo repleto de informaciones.

Para mí podía constituir una aventura extraordinaria el intentar indagar algo sobre ese mundo de la Energía Nuclear. Creo, incluso, que resultaría positivo para la profesión de periodista el que uno de sus miembros especializado en grandes conflictos, por un lado, y sin compromisos ni ligaduras con grupos de opinión, por otro, se prestara a expresar libremente sus ideas sobre un tema tan controvertido. Sin

embargo, como soy un ignorante en cuestiones tecnológicas, poco puedo sacar por esa vía. Mis conocimientos tecnológicos se limitan a saber distinguir si un armamento procede de países occidentales o, por el contrario, es chino o de países de la antigua órbita soviética. Debo, por tanto, abandonar el punto de vista técnico y centrar mi atención en las personas que por los avatares del destino han tenido la desgracia de abrazar las ideas nucleares.

Espoleado por la curiosidad me dediqué a investigar. Lo consideré como un desafío, como algo que deseaba comprobar personalmente, partiendo de la autoridad de mis predecesores y de sus conclusiones, conocidas y aceptadas por la mayoría del público. Aquí quiero presentar mis experiencias tal como las he ido viviendo paso a paso. Para no levantar sospechas, comencé la misión limitándome a observar de lejos a los individuos nucleares, los profesionales de la Energía Nuclear. Me pareció muy arriesgado intentar penetrar en sus instalaciones, y no porque no esté acostumbrado a jugarme el pellejo en situaciones difíciles. He sido capaz de atravesar campos minados o he sabido burlar guardias y centinelas de todo tipo y en cualquier circunstancia. He accedido a los archivos de los servicios secretos o he penetrado en embajadas y ministerios a mi antojo. Las alambradas o las torres de vigilancia han sido para mí las comparsas que me acompañaban en mis actividades anteriores. Sin embargo, esos ambientes extraños repletos de eso que llaman radiaciones son más temibles para mí que una visita al odontólogo. No he querido, pues, arriesgarme.

A los ojos del público está claro que la profesión de nuclear, -concepto ya de por sí difícil de comprender para la mayoría-, es algo tan técnico, tan susceptible de confundirse con la ciencia-ficción que, desde luego, discurre por cauces apartados de una vida humana normal. De lo que hoy en día se reconoce como una vida normal, que eso también se presta a la discusión. Desde luego lo que he encontrado a mi vuelta a España dista mucho de lo que yo podía entender como una existencia normal, cuando lo imaginaba desde mi óptica anterior, prácticamente de subsistencia. Pero tampoco voy a hacer remilgos. Si pretendo dirigirme a cierto tipo de público, lo lógico es que intente adoptar sus propios puntos de vista. De otro modo me expongo a no ser comprendido, ni entender nada, a mi vez.

Volvamos al personal nuclear. He podido averiguar que suelen seleccionarlos desde jóvenes y someterlos a cursos de formación donde progresiva-

mente les van imbuyendo toda una serie de ideas sectarias. Para alcanzar el grado de mentalización necesario requieren varios años de sometimiento y muchas pruebas de disciplina. Consiguen finalmente desarrollar unos individuos totalmente tecnificados cuyo único objetivo en la vida parece consistir en la construcción y el manejo de grandes instalaciones muy sofisticadas, en ambientes hostiles, en situación permanente de riesgo y provistos de equipamientos muy raros. Estas extrañas operaciones las desarrollan en el campo, apartados de la civilización y ocultándose de la vista del público.

Y para ello nada mejor que refugiarse en el interior de enormes recintos blindados de formas características y observables a largas distancias, ausentes de ventanas y, por lo tanto, con atmósferas e iluminaciones artificiales. Para evitar curiosos se protegen del exterior mediante una colección de barreras físicas de toda índole. Una válvula de salida de todo ese complejo hermetismo está constituida por una o varias "grandes chimeneas", expulsando permanentemente un sospechoso "humo" blanco indudablemente provocador de graves efectos para la población y para el entorno. La otra válvula, también muy llamativa, es la vecindad siempre de algún elemento geográfico (río, lago o mar) suministrador de agua abundante; queda claro que una de sus misiones consiste en contaminar sistemáticamente el líquido elemento y transmitir a la población, a la flora y a la fauna toda la suciedad de sus manejos ocultos.

Los nucleares son, evidentemente, gente muy especial, deformada por la técnica. Parece, además, que consideren sus rarezas como algo natural, pues nunca he podido observar la menor alteración en sus semblantes cuando acuden o cuando abandonan los centros de trabajo. O quizá estén perfectamente entrenados y capacitados para aparentar. La impresión general es que desde su encierro están atentando contra el desarrollo de la vida normal. Lo que se considera por ahí una vida normal, repito. Sin embargo, no he podido comprobar si ellos son conscientes o no del quebranto producido a la humanidad con sus actuaciones. El tema empieza a gustarme.

Hasta en el cine, buen reflejo de la sociedad, se pretende mostrar a lo nuclear como paradigma de extrañas y ocultas intenciones. Siempre vinculado, desde luego, con una ciencia-ficción oscurantista ligada a la oligarquía y a un progreso desatinado. El contenido de las instalaciones desborda a la imaginación: grandes naves, puentes

grúa, conducciones, pasadizos, depósitos, vibraciones, calor, vapores, escaleras y plataformas metálicas, pilotos parpadeantes de todos los colores, puertas herméticas... Sus moradores, después de franquear varios controles, permanecen encerrados. Son criaturas pálidas por la falta de acción de los rayos solares (como botón de muestra basta comprobar el tono de cara de algunas de sus víctimas más entrañables para todos: la familia Simpson). Provistos de una mentalidad fría y calculadora, de un cerebro destinado a la planificación y al organigrama. Informatizados hasta la saciedad. Los trajes protectores se escapan de toda imaginación posible. Sus maneras son frías y, por supuesto, ausentes de cualquier sentimiento humano.

EL PROGRAMA DE LA REUNIÓN ANUAL DE LA SOCIEDAD NUCLEAR ESPAÑOLA

Estas gentes tienen la costumbre de reunirse todos los años, siempre en lugares distintos para no levantar sospechas, y este año le ha correspondido el turno a Granada. Probablemente en estas reuniones se planifiquen todas sus actuaciones para el futuro y, sobre todo, se conspire para contaminar el medio ambiente y para producir los adecuados trastornos en las personas. De puertas hacia fuera saben disimular muy bien: saben hacerse pasar por personas normales y aparentan ser indistinguibles del hombre de la calle, a pesar de sus dudosas intenciones y de la carga de anormalidades somáticas y genéticas que deben arrastrar. Pero el germen, lo que es el germen de sus extrañas actividades, eso lo llevan dentro y necesariamente tiene que aflorar en algún momento. Esa rigidez de mente, esas estrecheces tecnológicas, esas intenciones inconfesables deben ponerse de manifiesto, seguramente, en sus reuniones. Conviene hacer un seguimiento de las mismas para desenmascararlos y como una medida de apoyo para la población, objetivo prioritario mío en todas mis actuaciones. El hombre honrado, el que cree en la humanidad debe estar ojo avizor. No se le puede perder de vista. La ocasión es única para aprovechar la circunstancia de que, en tales ocasiones, abandonan sus centros infranqueables. Y, además, están todos juntos. Estoy convencido que entre tanta gente siempre surgirá algún desliz que confirme mis ideas, hasta ahora prestadas o en el terreno de las conjeturas.

La primera sorpresa del observador imparcial surge cuando pasa revista al

programa de actividades de la Reunión. Allí, junto a las sesiones técnicas, a los debates y a las mesas redondas aparecen actos deportivos, artísticos y musicales. Los deportivos pueden tener algún fundamento: tratar de recuperar la salud perdida en su actividad profesional. Sin embargo, los artísticos, tales como una conferencia sobre "la Granada insólita" o un concurso de fotografía no acaban de encajar dentro del esquema propiamente nuclear. Evidentemente se trata de una pantalla para confundir al curioso no iniciado. Claro que también pudiera tratarse, lo primero, de una manera de informar a los torpes tecnólogos de cómo desenvolverse en una ciudad desbordante de arte y de historia, algo, evidentemente, alejado de su idiosincrasia. En cuanto a lo segundo, es una forma de recolectar imágenes para que los que trabajan encerrados en las instalaciones nucleares conozcan un poco lo que hay por fuera. Sigo trabajando en hipótesis para poder enmarcar todas estas cosas dentro el panorama universalmente asociado a la Energía Nuclear. Y parece que voy por el buen camino.

Pero dentro de las actividades artísticas reconocemos dos de ellas especialmente importantes por la posición de privilegio ocupada dentro del programa de actos, las dos relacionadas con la Música, la rama del arte más ligada a la exquisitez, a los sentimientos, a la finura y a la evocación. ¡Si sabré yo, que me encuentro en trance de recuperación, después de toda una vida de abstinencia! Sin duda es la gran tapadera que sirva para ocultar el resto de los actos, una cortina de humo que provoque confusión, que haga dudar al observador exterior.

El programa solo no me sirve para juzgar los verdaderos intereses ocultos tras la Reunión. Más bien ha servido para desconcertarme. Debo dirigirme, pues, personalmente a Granada, el lugar escogido para la Reunión. Con todo su componente turístico no será difícil mezclarse entre ellos. Eso sí, tendré que cambiar mi apariencia habitual: mis vaqueros de toda la vida, mis deportivos o mi sahariana aquí. Todo se andará. Estas gentes gustan de vestir en tonos oscuros, pantalón y americana, y calzar zapatos también oscuros, preferiblemente limpios. El acceso a los recintos no será ningún problema para un experto en toda clase de falsificaciones y sobornos. Un poco incómodo me voy a encontrar, eso sí, fuera de mis usos y costumbres. Como siempre los he observado desde lejos, no sé que me van a parecer vistos de

cerca. ¿Cómo se puede cerner esta sombra de inquietud en un ser que ha soportado impasible más de cincuenta y cuatro bombardeos sobre su propia cabeza?

REUNIÓN ANUAL DE LA SOCIEDAD NUCLEAR ESPAÑOLA

La primera fase de la operación de desenmascaramiento se ha desarrollado sin incidencias. Me he podido hospedar en uno de los hoteles recomendados por la organización para los asistentes. Realizada esta primera fase de aproximación, pasé a la segunda, consistente en presentarme en el Palacio de Congresos, sede de la Reunión. Debía intentar mezclarme entre ellos, tarea que consideraba, en principio, difícil y arriesgada. Difícil porque poco iban a tardar en localizarme e invitarme a abandonar la Reunión: deben ser muy avisados en la localización de extraños y muy estrictos con ellos. Arriesgada porque seguramente me transmitirían una parte de su contaminación, esa contaminación acumulada en un sinnúmero de peligrosas manipulaciones. Franqueadas las puertas, y después de tranquilizarme, empecé a curiosear, con un cierto temor ante lo desconocido, eso sin duda. Observé, en primer lugar, que el individuo más pálido de todos era yo precisamente. Acababa de entrar procedente de la calle y la mañana granadina amanecía fresca. El resto de asistentes presentaba una tez en apariencia normal. No dejaba de ser una sorpresa. En cuanto al riesgo de contaminación no parecía que fuera muy elevado. Charlaban indiferentes y relajados, tomaban café, se saludaban, se presentaban unos a otros y bromeaban. Abundaban las damas, con una impecable presencia y personalidad. Entendí que se llevaban bien y que mi comparecencia pasaba desapercibida. No había nada que me llamara especialmente la atención a pesar de estar utilizando mis cinco sentidos a pleno rendimiento.

Las sesiones técnicas abundaban y, para mí, no ofrecían el menor interés. Entre otras cosas no comprendía el vocabulario. No obstante, ya que estaba allí me entretuve en pasar de unas salas a otras. Las intervenciones se sucedían con gran rapidez. Eran muchos los temas y poco el tiempo disponible. Del contenido nada puedo decir, tan raro y tan sofisticado como en cualquier otro congreso de especialistas, supongo. Algunas presentaciones empleaban gran lujo de medios.

Empezaba a considerarme un congresista más. Incluso me hice con toda la parafernalia que poco a poco iban reuniendo los asistentes. Aparte de una documentación que suministraban en la recepción, una serie de casas comerciales proporcionaban abundantes folletos informativos y pequeños obsequios muy variados. Tuve la precaución de examinar todo aquello muy escrupulosamente para evitar sorpresas desagradables. Me empezaba a parecer anormal que todo discurrea con normalidad. Decididamente lo técnico no me interesaba nada. Mi curiosidad se centraba, sobre todo, en las actividades ajenas a la técnica. Quizá aquí fuera capaz de descubrir sus rarezas, sus intenciones y su peligrosidad.

¿FLAMENCO NUCLEAR?

El primer acto musical programado fue de Arte puramente español. Se titulaba "Conferencia Ilustrada: Presencia de Granada en el Arte Flamenco". Me informé a conciencia sobre el conferenciante, D. Manuel López Rodríguez, y pude deducir, entre otras cosas, que era un personaje muy conocido y apreciado entre los nucleares españoles. El profesor López Rodríguez (iba a decir nuclear 100%, pero no, D. Manuel comparte de toda la vida su nuclearidad con el Flamenco, sabe armonizar la tecnología con el arte profundo) nos deleitó con su conferencia ilustrada sobre el Arte Flamenco. Tuvo la gran virtud de desentumecer mis sentidos, largo tiempo ocupados en la supervivencia. Lentamente volvía a encontrarme capacitado para escuchar la música. ¿Me estaría redimiendo de mi vida aventurera y al aire libre? Sus intervenciones fueron claras, directas y peripatéticas, si bien en ocasiones importantes interrumpía la marcha y se situaba, conviniendo, enfrente de un público ansioso de confidencias. Tanto el conferenciante como el cuadro flamenco completo que nos preparó para tal acontecimiento mostraron reiteradamente su maestría. Las ilustraciones consistieron en una materialización a gran altura y guardando un orden, de acuerdo con su implantación, de algunos palos más representativos. Allí hubo de todo: soleares cantos gitanos de expansión, siguiiriyas cantos gitanos profundos, alegrías con su gracia picante, el tango de ritmo flexible y variable, granainas, el martinete dramático o el garrotín sabiamente aflamencado. Desde los primeros momentos el auditorio quedó cautivado. Incluso los mas ignorantes, como un

servidor, durante largo tiempo pendiente de la violencia, fuimos capaces de sintonizar con el conferenciante y con los artistas. Se alternaron las intervenciones del uno y de los otros. De forma continua y sin interrupción desfilaron ante nosotros los elementos más representativos, los más característicos, los más elaborados o los más sencillos, canto, baile, guitarras y palmas. Los legos íbamos de sorpresa en sorpresa. Nuestra atención era atraída alternativamente por los intérpretes y por el conferenciante. En ese camino de Santiago de ir y venir por el escenario, D. Manuel se estaba metiendo al público en el bolsillo. No hicieron falta más que unos pocos kilómetros de marcha del orador entre las bambalinas para conquistar a todo el respetable. Me dejé llevar por las circunstancias llegando a incorporarme con el resto de los asistentes, me podía considerar un miembro más del público. Algunas cosas me sonaban por haberlas visto o escuchado antes. Otras habían sido recogidas por músicos tan españoles como Turina, Falla o Albéniz para trasladarlo a otro lenguaje, y por esa otra vía me había llegado en alguna ocasión. Pero la intensidad de las actuaciones se mantenía y una sana curiosidad nos mantenía en tensión. Pronto se alcanzó la sintonía entre el conferenciante, los artistas y los asistentes; con tal claridad y precisión de conceptos hicieron creer por momentos al público que eran unos entendidos en el arte. Tan claro y tan directo fue el adoctrinamiento que pronto nos sentimos unos adictos y nos atrevimos a juzgar aquellas actuaciones tan exquisitas con ciertos humos de "connaisseurs", de autoridades incipientes en la materia. Nunca anteriormente habíamos pasado una revista al flamenco tan documentada ni tan accesible para el principiante. Cuando después de dos horas amplias de disfrute se produjo el fin de la exposición, el auditorio estaba tan fresco y tan pendiente que no parecía sino que no había hecho más que empezar la disertación.

Esta sensación no era privativa de unos pocos. Los técnicos nucleares habían sucumbido, en apariencia, a la magia del flamenco. Las cabezas frías y cua-



Manuel López Rodríguez dirigiéndose al auditorio.

driculadas dedicadas a la ingeniería o al proyecto de grandes y complejos sistemas se deshacían en aplausos de reconocimiento a ese grupo de artistas que con tanta limpieza y personalidad nos habían sabido mostrar las excelencias del flamenco. Las mentes nucleares se encontraban en esta ocasión acompañadas por las mentes consortes, de manera que el entusiasmo amplió su radio de acción. Aquella demostración de interés y sensibilidad no parecía propia de las gentes gustosas de los laberintos, el vocabulario raro, los controles, las atmósferas artificiales o la radiactividad. Sin duda los presentes no eran los auténticos, habían enviado a unos dobles para cubrir el expediente, para engañar, una vez más, al ciudadano de a pie. Pero no, las tarjetas de identificación que portaban indicaban bien a las claras la autenticidad de sus dueños. Y no tenían pinta de embaucadores... si los conoceré yo. Aquello me hizo sospechar que - si era capaz de prescindir de mis ideas preconcebidas sobre sus rarezas y su comportamiento poco social- quizá también los nucleares tuvieran alguna participación en los gustos y en la sensibilidad de la gente del pueblo. Y hasta que pudieran llegar a alcanzar la categoría de pueblo



El cuadro flamenco en plena actuación

llano. Juntamente con ellos, yo también había sucumbido a pesar lo entumecido de mis sentidos, especialmente los oídos acostumbrados a las explosiones, las refriegas o las obscenidades más burdas.

No salía de mi estupor. O estoy falto de facultades o no había sido capaz de encontrar ni una sola referencia al ideario nuclear que circula por la calle como algo evidente. Creo que estaba desarrollando mi labor a conciencia, que estaba rigurosamente al corriente de todo lo que se ventilaba en aquella, y, por más que lo intentaba, no lograba confirmar ninguno de los principios que unos días atrás me habían parecido evidentes, tales como: Es imposible que lo nuclear pueda tener el menor atisbo de racionalidad. Se trata de una rebelión contra el normal transcurrir de la vida sobre la Tierra. Es la materialización de unos oscuros e inconfesables intereses, siempre desde la sombra. Los nucleares no pueden dar la cara al caracer de argumentos que les soporten. Etc. La conferencia sobre el flamenco y todo lo que la rodeó me había dejado un tanto perplejo. ¿Cómo les digo ahora a mis posibles patrocinadores que de lo dicho no hay nada? Me expongo a que no me admitan el reportaje. No me queda otra solución que jugarme la última carta. Dado que a lo largo de las tres jornadas de la Reunión no se han destapado los nucleares con sus verdaderas intenciones, quizá lo estén reservando para la clausura.

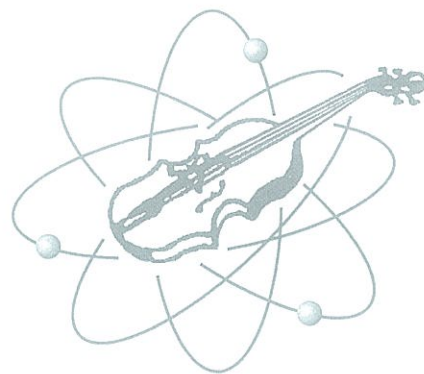
¿CAMERATA NUCLEARE?

De la Sesión Plenaria II y de la clausura poco pude deducir. Tan sólo que muy poca gente como yo se arriesga a mezclarse con los nucleares para tratar de entenderlos. Mis conclusiones provisionales eran, sencillamente, deprimentes. Empezaba a sospechar que todos esos idearios que circulan por ahí, a todos los niveles, son como mucho incompletos, cuando no tendenciosos, pero impactan fácilmente en una sociedad gustosa del morbo. Que los nucleares conocen su profesión y parecen ser muy exigentes en todas sus actuaciones. Que, además, poseen sensibilidad y saben apreciar el arte. Que falta una vía de comunicación con la sociedad, vía que no sólo no recibe los apoyos necesarios, sino que suele boicotearse porque la falta de transparencia y la indefinición resultan políticamente rentables a los diferentes grupos. Se trataba, no obstante, de unas conclusiones provisionales a la espera de un concierto de clausura anunciado en el programa. ¿Se destaparía, por fin, el pastel nuclear?

Indudablemente debía de asistir al concierto de clausura. Algo me había chocado mucho. Resulta que los intérpretes del mismo estaban constituidos en una "Camerata Nucleare". Algo que no encajaba. Más bien era un último motivo de sospecha de algo oculto, probablemente la forma que tienen los nucleares para transmitirse sus consignas. Lo de "Camerata" me sonaba a algo privado, un secretismo en el último momento, una tradición excéntrica renacentista, un espacio para los rumores, una hermandad de apoyo mutuo o una cúpula que actúa desde la sombra. Volvía a ponerse emocionante la Reunión. ¿Alguien, inconscientemente, tiraría, por fin, de la manta?, ¿podría, por fin, rectificar mis conclusiones provisionales? Era necesario asistir a ese concierto fuera como fuera. Me resultaba muy difícil de justificar una posible capacidad de apreciación del arte por parte de los nucleares, antes de la exhibición del flamenco nuclear y había tenido que claudicar. Pero es que, además ¿saben practicar el arte de la Música? Mi imaginación no podía responder.

El último acto tuvo lugar en el Auditorio Manuel de Falla, una magnífica sala de conciertos, próxima a la Alambra, con que cuenta Granada. Nos llevaron en autocar desde los hoteles. Observé cómo un buen número de participantes ya se habían marchado a sus lugares de origen. Serían los de menor categoría. Sólo quedaron para el final los que tenían que transmitir o recibir consignas confidenciales para ponerlas en práctica en sus centros respectivos. A la entrada nos proporcionaron los programas que hasta ese momento eran desconocidos. Observé el programa con todo detenimiento buscando alguna clave, alguna señal que me pudiera ofrecer pistas ocultas y fracasé. Aquello no pasaba de ser un programa musical con una serie de acotaciones. Estaba muy bien presentado, por cierto. El contenido me pareció interesante, todo de música centroeuropéa. La gente se encontraba ansiosa por escuchar a la "Camerata Nucleare", y yo también. A juzgar por las obras, la orquesta debería estar formada por un número de profesores superior al que comprende una orquesta de cámara "sensu stricto". La orquesta había nacido en la Central Nuclear de Gundremmingen y sus componentes, aficionados (altamente cualificados, como luego se verá) procedían mayoritariamente de Alemania.

Hecho el oportuno silencio, transcurridos unos segundos de concentración e intercambiadas algunas miradas de inteligencia entre el director y los pro-



Logotipo de la "Camerata Nucleare".

fesores, dio comienzo el concierto. Nada menos que con una obertura de Beethoven. La orquesta sonaba bien, estaba bien afinada. Pero no sólo eso. El curso del desarrollo beethoveniano, con sus cambios de matiz, en ciertos pasajes brusco y en otros tranquilo, así como su personal expresividad, se conseguían con toda limpieza. Se trataba de una orquesta clásica como las que empleaban Haydn o Mozart interpretando al genio de Bonn. Un gran mérito y un gran desafío que supieron enfrentar muy por encima de una simple discreción. Bien a las claras se notaba que no se trataba de una orquesta profesional, tal era el entusiasmo que desarrollaban sus componentes. Aunque mi memoria se encuentra muy deteriorada, cuando paso revista a los pocos conciertos a los que tuve ocasión de asistir, no encuentro en ninguno de ellos, todos ejecutados por músicos profesionales, ni la décima parte del calor que manifestaban los intérpretes "nucleares". Estaban viviendo intensamente a Beethoven. Estaban colocándose bajo la piel del maestro para transmitir lo más fielmente sus geniales ideas. Estos intérpretes no lo podían disimular, tal era su identificación con todos los pasajes, desde los más intensos hasta los más apacibles. No se trataba de una partitura compleja, pero, con todo, lograron traernos a la sala al mismísimo rey Esteban de la mano del compositor. Sin duda empezaba a extraer mis conclusiones. El carácter nuclear puede implicar apasionamiento por lo bello y por la tarea bien hecha. El caso es que dudo mucho que me autoricen a publicar estas conclusiones. Aparecen como muy apriorísticas y discordantes con el sentido general, que es el que debo adoptar. Por si acaso yo tomaba nota de todo.

Después de la tempestad llegó la calma. Los músicos se refugiaron en la intimidad de la orquesta de cámara pasando a interpretar al barroco más prolífico de todos, a Georg Philip



La "Camerata Nucleare" disponiéndose a ofrecernos el concierto de clausura

Telemann. Pero prolífico no significa necesariamente monótono, repetitivo o aburrido. Un gran músico como Telemann sabe expresar ideas originales, como pudimos comprobar y disfrutar en su Concierto en mi mayor. En un ambiente equilibrado y propenso para las confidencias, nos sentimos cautivados por el hermoso diálogo entre los solistas nucleares y la orquesta, también nuclear. Ahora sí que se estaban destapando las cualidades de la orquesta de cámara, ahora estábamos escuchando realmente a una Camerata. La calidad de la música nos mantenía en tensión, una tensión diferente a la beethoveniana, ahora mucho más tranquila y sosegada. Sin embargo, no podíamos resistirnos a admirar la preciosa viola d'amore del primer solista y a calibrar la pureza y calidad de su sonido. Pero también a apreciar las dotes del virtuoso como intérprete excepcional y como asombroso luthier de su propio instrumento. Y de admirar las evoluciones del arco sobre el instrumento como tratando de situarnos en su marco natural, en un salón del siglo XVIII. No es posible pasar por alto la intensa dedicación de los restantes solistas y del bajo continuo. Me llamó especialmente la atención lo absorto que estuvo en su tarea el clave y no sólo por sus intervenciones tan oportunas y bien medidas, sino también por el mimo con que manejaba el instrumento. La colocación del clavicémbalo en su emplazamiento con la colaboración de otros profesores de la orquesta demostró, además, un gran cariño por el instrumento y unos deseos de agradar al público nuclear. El ambiente sereno de la orquesta fue inmediatamente captado por los oyentes que, con el ánimo tranquilo, pudimos escuchar el contrapunto de su delicado tejido musical tan bien traducido por la Camerata. Aplaudimos muy gustosamente al final.

Continuamos progresando en el tiempo para introducirnos en un clasicismo amable de W. A. Mozart. Probablemente es la pieza que mejor le encajaba a la orquesta. En manos de Mozart hasta el juego de un divertimento alcanza la categoría de obra maestra. Y la orquesta supo demostrarlo. Para el público fue una distracción, un esparcimiento, pero sin concesiones a la superficialidad. La pieza encajaba perfectamente dentro de los propósitos de un concierto de clausura en el que no se pretenden grandes exhibiciones ni complejidad en las ideas. La Camerata logró su propósito sin más que vibrar al compás marcado por el salzburgués universal. Y los miembros del público lo supimos apreciar y saludar con unos aplausos de reconocimiento. La Camerata no podía ocultar la satisfacción que le producía el ser vitoreada una vez más por un público nuclear del sur.

Y para alegrar más todavía el ambiente de despedida nada mejor que unos aires bohemios. Dando un gran salto en el tiempo y en el estilo, la Camerata nos tradujo con toda fidelidad el ritmo y el sentimiento encerrados en la partitura de Dvořák. La música nacionalista para ser bien interpretada requiere, más que otra música, captar y saber expresar después una serie de peculiaridades folklóricas que no figuran en la partitura. La Camerata lo sabe vivir, bien conducida por la mano de su director moravo, y lo manifiesta con la mayor naturalidad. Esta música animada y colorista consiguió mantener el espíritu nuclear alegre hasta el final. Yo ya me encontraba en otro plano. Había decidido serenarme y olvidarme de los motivos que me habían arrastrado hasta el Auditorio. Me encontraba sencillamente compartiendo las excelencias de esta velada musical con el público. Se me importaba un comino (*Cuminum*

KÖNIG STEPHAN
Vorspiel von A. von Entenhausen.
Musik von
L. VAN BEETHOVEN.
Op. 117.
OVERTURE.

Nr. 2097

Compositur des Hofkapellmeisters
Theodor Kutzer im Jahre 1912.

Andante con moto.

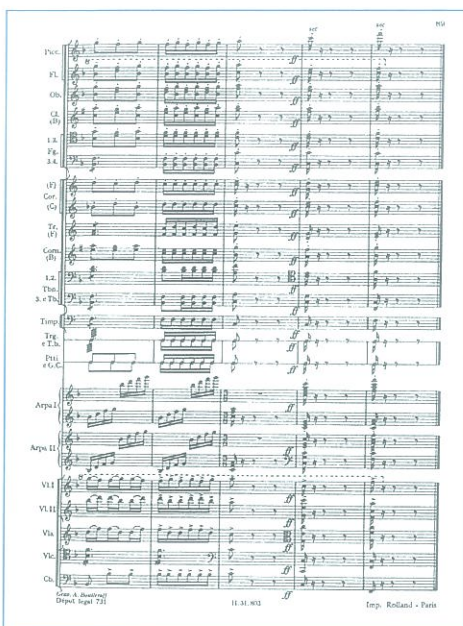
Flauto.
Oboe.
Clarinete in B.
Fagotto.
Contrabajo.
Corni in Es.
Corni in C.
Trombe in Es.
Trombe in C.
Timpani in C.
Violino I.
Violino II.
Viola.
Violoncello.
Basso.

Así dio comienzo el concierto de la "Camerata Nucleare".

cuminum) el hecho de que pudiera ser nuclear o que no lo fuera. La percepción, el comportamiento, la respuesta y la emoción eran las mismas y también la calurosa salva de aplausos de reconocimiento por parte del público.

Hubo una campanada final, la propina. Me atrevería a poner la mano en el fuego y afirmar que era un regalo especialmente preparado para este concierto. Los ritmos centroeuropeos se remataban con ritmos españoles, con la composición "España". La Camerata se lanzaba a expresar todo el colorido de la obra de Chabrier. Y el mérito residía, precisamente, en atreverse a abordar una partitura para gran orquesta, no exenta de cierto exotismo. El público nuclear captó inmediatamente el desafío y se entusiasmó con el gran esfuerzo desplegado por los intérpretes, los cuales no pudieron ocultar la sintonía con la obra, tanto en lo cálido de su música como en los gestos con que se acompañaban al tocar los instrumentos. ¡Había que ver la gracia y decisión con que movían los arcos o la atención prestada por la percusión para intervenir con toda oportunidad! Parecían incombustibles. ¿De dónde sacaron ese ímpetu juvenil en el último momento? Sin duda era un verdadero regalo con que despedirse unos nucleares, los del escenario, de otros nucleares, los del patio de butacas. Gustosamente nos deshicimos, una vez más, en aplausos, muchos menos de los que merecía realmente la Camerata.

La Camerata había demostrado su categoría como intérpretes de la Música. Nos habían ofrecido toda una panoplia que incluía desde la música



Así finalizó el concierto de la "Camerata Nucleare".

más íntima hasta la más intensa, pasando por la música más nacionalista. Lo sabían hacer todo. Incluso los profesores canosos se mostraron pletóricos de vitalidad y entusiasmo al poder desgarrar las notas de sus instrumentos con la mayor tranquilidad y precisión. La posibilidad de que ese nervio y ese saber hacer pudiera tener un origen nuclear era una guinda demasiado fuerte para mí, muy difícil de digerir si me ceñía a los patrones al uso: indudablemente carecía de sentido. Se trataba, en el fondo, de gentes cultas que sabían conciliar su profesión técnica con el arte, lo que no se da en la inmensa mayoría de la población, más preocupada por consumir y por exigir derechos.

EPÍLOGO

Ya de vuelta a Madrid intenté hacer una recopilación de mis experiencias adquiridas en contacto con el personal nuclear. Un gran cúmulo de sensaciones y de sorpresas se encontraban anotadas en mi cuaderno y muchas más estaban recogidas en mi memoria. Y bullían porque luchaban por encajar dentro de mi modelo primitivo, el generalmente aceptado, el que estaba en el ambiente, mitad desconfianza, mitad desconocimiento; el que se nutría con las ideas de los activistas, enemigos viscerales, por inspiración, de la Energía Nuclear. Y cuantas más vueltas le daba, menos podía entenderlo. ¿Cómo podían echar abajo mis teorías en tres días y poco más de intervenciones?, ¿cómo podían ser tan radicalmente distintas las teorías que yo he cono-

cido siempre por la prensa, mi medio de vida?, ¿dónde estaban los alarmismos, las inquietudes y los temores?

Mis pesquisas, realizadas con toda la profesionalidad de que soy capaz, y dentro del nuevo rumbo que me había marcado, no habían confirmado mis teorías anteriores, teorías vividas habitualmente en la mayor parte de los artículos de prensa que habían llegado a mi poder. Me resultaba imposible distinguir a un nuclear de un no nuclear a simple vista. Había fracasado en mi misión. Nada de lo que había vivido concordaba con mis ideas (prestadas) anteriores. Me consolaba pensando que al menos me había culturizado un poco y había disfrutado con actividades musicales insospechadas, por venir del campo nuclear. No podía interpretar razonablemente lo que había vivido aquellos tres días.

Intenté dar una explicación a tanta disparidad y no la encontré. Una primera hipótesis podía ser mi pérdida de facultades después de tantos años de emplearlas a tope. Una segunda, mi falta de capacidad para apreciar la vida del mundo occidental, tan diferente a la habitual mía entre funcionarios de la Cruz Roja y de la ONU, guerrilleros pintorescos, regímenes corruptos susceptibles de ser derrocados sangrientamente y genocidios. Una tercera, la más descabellada, si no me habrían estado engañando o adoctrinando en un cierto sentido con todas las noticias y comentarios que siempre me habían llegado; noticias que, como todo el mundo reconoce -y yo no iba a ser menos- han agregado una amazona a la colección de jinetes del Apocalipsis, la Energía Nuclear. La última, la más factible, es la posibilidad, que ya me ha sucedido en otras ocasiones, de haber padecido una crisis de fiebres, esas fiebres que tienen a bien visitarme con cierta periodicidad y que conservo como un viejo recuerdo de mi estancia en el centro de África. En tal caso, he sufrido de alucinaciones, un tanto especiales, pero alucinaciones, durante mi corta estancia en Granada.

El hecho práctico es la imposibilidad de que mis comentarios sean publicados. No lo voy a intentar siquiera. A ningún editor puede interesar una crónica que contemporice con la Energía Nuclear en cualquiera de sus manifestaciones. Y yo no puedo hacer lo contrario porque los motivos para hacerlo, de existir, se me han escapado. He puesto mucho interés en todas mis actuaciones y si en algún momento alguien llegara a leerme, lo comprendería sin más que seguir un poco el hilo de mis razonamientos y de mis intenciones en todo este asunto. El fenómeno

no es demasiado sutil para un individuo que no tiene ideas fijas sobre los usos, costumbres y movimientos del mundo occidental. Las únicas fijaciones que poseo y que he ido dejando traslucir a lo largo de mi trabajo, son prestadas y corresponden a lo poco que he podido leer en la prensa, siempre de fechas muy atrasadas. Un personaje asilvestrado, como yo, no debería meterse nunca a juzgar a una sociedad consumista y muy sujeta a condicionamientos y manipulaciones, aunque (ella), en principio, pudiera pensar lo contrario. Y, lo que es peor de todo, no podía publicar mis vivencias por ir en contra de la corriente. Me debería quedar con ellas. Es una pena que una experiencia tan interesante esté destinada a traspapelarse o a perderse.

Envuelto en mis razonamientos e hipótesis desplegué sobre la mesa mi viejo mapa descolorido, rasgado, lleno de arrugas, manchas de todo tipo y siempre mal plegado. Había fracasado en mi intento de incorporación a la vida occidental y no podía alargar mi estancia en España por más tiempo. Me encontraba de nuevo pletórico de facultades y debía volver a mi ambiente. Dudaba sobre mi próxima misión porque el menú se presentaba, como siempre, muy atractivo: Chechenia, Colombia o, de nuevo, el Oriente Medio. De momento tenía mis vacilaciones. De lo que no tengo ninguna duda es de aquellas músicas nucleares de leyenda -tangibles o intangibles- que siempre permanecerán conmigo y me acompañarán en el recuerdo cuando, cada noche, apague mi linterna en el cobijo que me haya correspondido, probablemente entre cascotes.

Acta est fabula.



Vicente ALCOBER BOSCH es Ingeniero de Telecomunicación por la U.P.M. y Físico por la U.C.M. Realizó el curso de *Gene Atomique* en Saclay (Francia). Trabajó 28 años como funcionario de la Junta de Energía Nuclear. Actualmente es profesor de Física Aplicada en la E.T.S.I. de Telecomunicación de la U.P.M.